

El horizonte, bajo el sol se dora,
manchado por la sangre de una aurora
que se teme á la vez y que se espera;
las nubes se amotinan y se empujan,
y como buitres, al huir, se estrujan
en el espanto de la noche huera.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
se abre un abismo en el dintel del beso
y todo es sepuleral, como una luna;
sólo se oye el rumor sordo y la queja
de aquella muchedumbre que se aleja
con fatigas de mar hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen,
torvos y extraños sentimientos rigen
su reflujo fatal hacia la aurora,
y jadeante, vencida y sin aliento,
se arrastra latigueada por el viento,
royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
la absurda sociedad que la proscribire,
brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes,
empapadas en púrpuras ardientes,
parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
removerán la gigantesca hornalla
donde alimenta el sol sus encarnados;
y en la ruda apoteosis del incendio,
la plebe se alzaré como un compendio
de todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE

